

Romero Pittari, Salvador

Working Paper

La configuración rural-urbana en el contexto del Estado boliviano

Documento de Trabajo, No. 03/78

Provided in Cooperation with:

Instituto de Investigaciones Socio-Económicas (IISEC), Universidad Católica Boliviana

Suggested Citation: Romero Pittari, Salvador (1978) : La configuración rural-urbana en el contexto del Estado boliviano, Documento de Trabajo, No. 03/78, Universidad Católica Boliviana, Instituto de Investigaciones Socio-Económicas (IISEC), La Paz

This Version is available at:

<https://hdl.handle.net/10419/72867>

Standard-Nutzungsbedingungen:

Die Dokumente auf EconStor dürfen zu eigenen wissenschaftlichen Zwecken und zum Privatgebrauch gespeichert und kopiert werden.

Sie dürfen die Dokumente nicht für öffentliche oder kommerzielle Zwecke vervielfältigen, öffentlich ausstellen, öffentlich zugänglich machen, vertreiben oder anderweitig nutzen.

Sofern die Verfasser die Dokumente unter Open-Content-Lizenzen (insbesondere CC-Lizenzen) zur Verfügung gestellt haben sollten, gelten abweichend von diesen Nutzungsbedingungen die in der dort genannten Lizenz gewährten Nutzungsrechte.

Terms of use:

Documents in EconStor may be saved and copied for your personal and scholarly purposes.

You are not to copy documents for public or commercial purposes, to exhibit the documents publicly, to make them publicly available on the internet, or to distribute or otherwise use the documents in public.

If the documents have been made available under an Open Content Licence (especially Creative Commons Licences), you may exercise further usage rights as specified in the indicated licence.



Instituto de Investigaciones Socio Económicas

Documento de Trabajo No. 03/78
Julio 1978

**La Configuración Rural-Urbana en
el Contexto del Estado Boliviano**

por
Salvador Romero Pittari

La Configuración Rural-Urbana en el Contexto del Estado Boliviano

por
Salvador Romero Pittari

La relación entre el campo y la ciudad es uno de los factores explicativos de mayor significación para comprender la dinámica de una sociedad, particularmente de aquellas dominadas por el peso de lo rural, cual el caso boliviano. La afirmación puede resultar sorprendente para quienes piensan en el campo como en un decorado casi fijo de un drama, cuyos principales actores son urbanos. Sin embargo, el campesino ha estado vinculado a todos los cambios fundamentales de la sociedad boliviana; desde antes de la independencia hasta la hora presente. Su acción, a través de diferentes tipos de movimientos, ha contribuido a definir nuevas orientaciones a la sociedad.

Resulta insuficiente, por la razón anotada, abordar el problema de la relación campo-ciudad solamente desde un punto de vista cuantitativo, reduciendo el fenómeno a la proporción de población que vive en las ciudades o en las áreas rurales en un determinado país, o a cualquier otro conjunto de medidas aisladas sin referirla al sistema de relaciones sociales dentro del cual adquiere sentido cabal. El trabajo considera lo rural y lo urbano no como polos cerrados y autónomos, sino como componentes de una estructura unitaria, cuyas características fundamentales derivan justamente de la interacción entre ambos componentes. No se desconoce las diferencias en el grado de desarrollo entre el campo y la ciudad, pero estas diferencias pierden su carácter explicativo y se convierten más bien en lo que se debe explicar.

Dentro de este cuadro referencial, los indicadores demográficos y estadísticos deben ser tomados como un punto de partida del análisis y no como el objetivo final del mismo, ya que ellos traducen, en cierta medida, algunas de las características de las luchas y transacciones

entre los actores rurales y urbanos.

A pesar de que las Naciones Unidas caracteriza como asentamientos rurales a aquellos que tienen menos de 20.000 habitantes, los criterios de diferenciación utilizados son muy variables, aun dentro de un mismo país. En algunos casos la cifra ha sido muy inferior a la señalada por Naciones Unidas, llegando en ciertas circunstancias a tomarse como límite hasta 2.000 habitantes.

En este trabajo se emplean diversos indicadores de separación entre lo rural y lo urbano, debido a la ausencia de información estadística uniforme y sistemática.

Comparada con otros países, la población de Bolivia ha tenido en el último medio siglo un crecimiento considerado como moderado. Entre 1950 y 1976 aumentó en un 73,35%. El ritmo de evolución se refleja en la tasa de incremento anual calculada entre 1900 y 1950 en 1,1% y en el último período inter-censal 1950 y 1976, en 2,14%.

Este crecimiento se debe en parte, al hecho de que la mortalidad parece, en despecho de la elevada tasa bruta de natalidad de 46.60/1000 haber mantenido o aun aumentado su ya elevado nivel: en 1958 era de 15,5% y en 1975 de 17,96%. La mortalidad infantil en esta última fecha era de 157 por cada mil niños nacidos vivos. La esperanza de vida tanto masculina como femenina, se encuentra entre las más bajas del continente: 45,6 y 50,9, respectivamente.¹

El esfuerzo realizado en los últimos años por mejorar las condiciones de higiene y salud ha beneficiado en mucha menor medida a la gran masa de habitantes rurales. En efecto, en 1975 menos del 20% de los recursos del Ministerio de Previsión Social y Salud Pública, organismo que asegura la casi total atención médica en el área rural, se emplea en los servicios de esta área. Los indicadores de salud sin excepción son allí más bajos que en la ciudad.

A la elevada mortalidad conviene añadir un importante flujo migratorio internacional, particularmente hacia la Argentina, se estima que entre un 10 a 15% de la población total del país reside allí. La tendencia parece actualmente frenada, tanto por las dificultades económicas

¹ J. Somoza. Encuesta Demográfica Nacional, INE, 1976, pp. 37

y sociales predominantes en los países receptores, como por la importancia de la demanda estacional de mano de obra generada por la empresa agrícola moderna.

El crecimiento rural y el urbano a partir de las informaciones censales -definida la población urbana como la presente en centros de población de 10.000 hab. y más- ha sido la siguiente:

Cuadro No. 1

Crecimiento Anual de la Población (%)

Año	Crecimiento Total	Crecimiento Rural	Crecimiento Urbano
1847*-1900**	0.20	0.20	0.40
1900 -1950***	1.10	0.90	2.60
1950 -1976****	2.14	1.30	4.30

- * Bosquejo Estadístico de Bolivia, J.M. Dalence
- ** Censo de 1900, Ed. Canelas, Cochabamba, 1973, 2da. Ed.
- *** Censo de 1950, Ministerio de Hacienda
- **** Resultados provisionales, Censo 1976

Aunque en los últimos 26 años la población rural aumentó a una tasa más elevada que en los 50 años precedentes, el desarrollo numérico de la población urbana fue aún más marcado. A la luz de las cifras expuestas, no cabe duda que la sociedad boliviana está perdiendo su naturaleza campesina.

Si se considera la proporción de habitantes rurales con respecto al total hasta 1900, el peso de lo rural sobre el conjunto de la sociedad se mantuvo casi sin modificaciones. Entre 1900 y 1950 descendió en un 11.86%, acentuándose el ritmo de decrecimiento en los últimos 5 lustros. La población boliviana que vivía en los centros de más de 10.000 hab., pasó de aproximadamente el 20% en 1950 al 36% en 1976. En este último lapso de tiempo su incremento total fue de 206.5%. La escasa comparabilidad y confiabilidad de algunos censos nacionales, particularmente el de 1847, sólo permiten dar a dichos porcentajes una indicación general de los cambios campo-ciudad y pronosticar que en algunos años más Bolivia será un

país principalmente urbano, con varias ciudades de tamaño medio.

Cuadro No. 2
Porcentaje de Población Rural (*)

Año	% Respecto al Total
1847	91.26
1900	91.50
1950	79.64
1976	64.00

* Mismas fuentes del Cuadro No. 1

El desarrollo boliviano, posterior a la Revolución de 1952, ha sido marcado por la mayor participación de un actor, el Estado, cuyo control sobre las principales fuentes de producción le ha dado una actividad empresarial antes reservada caso exclusivamente a la iniciativa privada, actividad estrechamente vinculada al establecimiento de nuevas formas de racionalidad, basadas en la capacidad de organizar y prever. De esta manera, su influencia ha ido cobrando un sentido más global que penetra en todos los ámbitos de la estructura social.

La Revolución de 1952, constituyó un movimiento social en el cual con fluyeron varias vertientes: campesinos, obreros, sectores medios urbanos , éstos últimos asumieron el papel directivo. A medida que el movimiento social cristalizaba en una organización social en la cual los sectores populares fueron progresivamente desmovilizados, aunque no son conflicto, el Estado adquirió un carácter burocrático-autoritario,² vale decir dominado por la presencia de grandes organizaciones públicas, provistas de un sistema jerarquizado de cargos, reglas instrumentales de funcionamiento y criterios técnicos de decisión, así como por una concentración de poder en el ejecutivo paralela a una fuerte despolitización ciudadana, justificada por el recurso a "ideologías frías", articula das alrededor de la necesidad de desarrollo, fundamento último de la legitimidad del poder social. Entre ellas se enfatiza el carácter racional de las decisiones para el desarrollo, su impermeabilidad frente a los intereses

² G.A. O'Donnell, *Modernización y Autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires, 1972, pp. 162.

particulares, la paz social como condición para programar las estrategias y fijar los objetivos nacionales.

En estas circunstancias más que la actividad económica, el Estado y sus políticas se convierten en el ámbito donde se expresan y toman forma las oposiciones sociales, sean éstas de clase, de región o de cultura. El conflicto propende a tomar un carácter más indirecto, mediatizado a través del campo definido por la actividad estatal.

La atención, poco crítica, prestada a la visión de clases surgida en los procesos de industrialización temprana ha llevado a interpretar el fenómeno de los países dependientes a partir de las categorías creadas para analizar aquellos procesos, sin poder establecer la especificidad de las sociedades de reciente transformación. El caso europeo ilustra una situación en la que la posición en la esfera económica define la clase y sus relaciones. El juego de partidos corresponde en gran medida a las oposiciones de clase.³ La situación boliviana resulta muy diferente: el agente de la transformación social no parece ser la burguesía ni el proletariado, no que ellos no existan o que su importancia no sea muy grande en una sociedad dominada por lo rural, su debilidad cuantitativa podía compensarse por su peso cualitativo en la organización social. Tampoco este privilegio puede acordarse al campesinado sino al Estado que, por medio de su acción en el plazo interno y externo, determina la orientación del desarrollo societal, dentro de la cual se manifiestan los actores sociales y sus conductas.

Qué características generales presenta la relación campo-ciudad como resultado de la evolución antes señalada? Qué formas particulares asumen los actores sociales? Qué tipos de reivindicaciones manifiestan? Son algunas de las preguntas a las cuales tratara de dar un respuesta el análisis que sigue.

Al eliminar a los grupos de dominación basados en la tierra y las minas, la Revolución de 1952 dio a los sectores medios, un papel dominante en la organización social, particularmente a aquellos ligados a la administración pública. Con ello se quiere afirmar que las organizaciones y grupos de presión conformados por estos sectores, además de orientar e influir en el comportamiento de otros sectores sociales, obtuvieron gracias al caso monopolio de los mecanismos de decisión, privilegios socio económicos superiores a los de otros componentes de la sociedad. Progresivamente, la concentración de decisiones en los niveles más altos del poder ejecutivo, unida a la desactivación política de los ciudadanos, dio una

³ G.F.A. Touraine, *Les Societes Dependantes*, Docoult, Paris Gembloux, 1976.

mayor autonomía a la alta burocracia civil y militar. La dominación tecno-burocrática, supone centros de decisión por encima a los intereses grupales y donde las decisiones obedecen exclusivamente a los imperativos de la racionalidad técnica. La participación de otros sectores se reduciría a crear un clima de previsibilidad indispensable para que la programación pueda funcionar. Afirmación que no pretende desconocer el surgimiento de nuevos grupos empresariales deseosos de tomar la iniciativa del desarrollo. Tal es la utopía tecno-burocrática, que olvida que la selección de objetivos responde a intereses de grupos de presión, más o menos manifiestos, más o menos permeables, y que sus propios intereses están siempre presentes en la orientación de las alternativas del desarrollo.

La ciudad se ha constituido en el lugar privilegiado donde se ejerce la nueva dominación, uno de cuyos resultados ha sido la preservación o el ahondamiento de las distancias entre el campo y la ciudad, particularmente en los planos económico, político y social.

La participación del sector agrícola en el producto nacional ha disminuido entre 1952 y 1972 del 22.2% al 15.6%. Asimismo, se observa que la relación entre el ingreso per cápita urbano y rural que era en 1960 de 7.1, en 1972 era del orden del 12.1

El movimiento campesino, cuyo papel en la Revolución de 1952 la permitió conquistar la Reforma Agraria, gracias a la cual la mayoría de la población rural accedió a la tierra y a la autonomía de trabajo, una vez vencido el adversario el patrón perdió su unidad, facilitando el divorcio entre los niveles superiores de su organización, más permeables a la manipulación política, y la base más orientada hacia los problemas locales, lo que se ha traducido en una pérdida efectiva de su cuota de poder en la sociedad.

Aunque el mundo rural se caracterizó siempre por su heterogeneidad, ésta se ha acentuado en la Post-Reforma Agraria. En el período anterior, se pueden distinguir dos tipos básicos de establecimientos rurales: la hacienda y la comunidad. En el oriente existía la plantación, pero su importancia a nivel nacional era reducida. Los dos primeros tipos de establecimiento diferían menos por las características de su ecotipo, que podía ser descrito en los términos de E. Wolf, como paleotécnico, es decir, conformado por la reunión de la energía humana y animal a la cual se añaden algunos utensilios muy simples,⁴ que por su manera de insertarse en la sociedad global. La diferencia de establecimientos rurales no fue obstáculo

⁴ Cf. E. Wolf, *Peasants*, Prentice Hall Inc.: Englewood Cliffs, New Jersey, 1966.

para que en el período inmediato anterior a la Reforma Agraria, la acción campesina adquiriera una cierta unidad de orientación en la oposición común al régimen del latifundio.

En la actualidad se podrían distinguir de manera general, tres zonas rurales, cada una de ellas caracterizada por rasgos similares en cuanto a densidad poblacional, organización productiva, especialidad relativa de cultivos, relaciones con el sistema de dominación, lo que no excluye la presencia de diferencias menores en el anterior de ellas:

1. Zonas donde predomina el auto-consumo
2. Zonas mixtas de auto-consumo y de orientación al mercado
3. Zonas dominadas por la producción para el mercado

En cada una de ellas la acción del campesinado varia en cuanto a los criterios sobre los cuales se apoya la reivindicación, a la relación con el Estado y con otros grupos sociales y a su orientación social.

El primer conjunto está conformado por algunas comunidades y ex-haciendas ubicadas principalmente en el altiplano sur y central. La pobreza de la tierra, en calidad y extensión, la rudimentaria tecnología productiva, unidas a las dificultades de comunicación, ha mantenido en esta área una productividad muy baja.

Aunque resulta difícil estimar con exactitud la población que vive en situación de auto-consumo, el número de familias que se halla ubicado en esta categoría, parece ser bastante bajo. Y aquí auto-consumo no significa ausencia total de formas de intercambio, sino más bien el carácter tradicionalista y espaciado en el tiempo, no sin regularidad, asumido por aquellas formas. El campesinado que vive en situación de auto-consumo por la precariedad de sus recursos, su aislamiento de los centros urbanos, consagra la mayoría de sus esfuerzos a la mera subsistencia de la unidad familiar. Su extrema marginalidad, tanto activa como pasiva, hace que la acción colectiva tome la forma de un medio social más amplio, cerrazón de las aspiraciones al estrecho marco comunal. En este caso, la aceptación de los valores y papeles tradicionales no constituye el trampolín para una participación creadora a nivel nacional, sino la manifestación de una marginalidad excesiva.

La segunda zona abarca la mayor parte del campesinado ubicado en las regiones de los valles y el altiplano, donde la Reforma Agraria alcanzó una aplicación generalizada, con excepción de algunas áreas donde la influencia política de los antiguos propietarios limitó la participación de tierras.

Los cultivos predominantes son los tradicionales: papa, cebada, quínua, trigo, maíz, etc; conjuntamente con alguna ganadería y cría de aves. Las técnicas de producción siguen siendo arcaicas, dominadas por el empleo de energía humana y animal. A mediados de la década de los 70, se estimaba que en el altiplano 90% de la energía utilizada era animal y el resto motriz, porcentaje que bajaba al 70% para la zona de los valles. En el oriente la proporción era inversa: 90% correspondía a la fuerza motriz y el 10% a la animal.⁵

La familia proporciona los principales factores de la producción, salvo raras ocasiones, no se contrata mano de obra asalariada, las formas de cooperación tradicional, permiten en los períodos de elevado requerimiento de trabajo, satisfacer la demanda. Esta descripción permite con elocuencia caracterizar el sistema productivo de estas zonas, cuyos rendimientos, aunque comparativamente bajos, cubren para muchos productos básicos, las necesidades del mercado.

Se ha acusado frecuentemente a la Reforma Agraria de haber disminuido la producción agrícola y pecuaria. Acusación que sólo puede admitirse en los primeros años del proceso revolucionario, más tarde la producción alcanzó, y a menudo superó, los niveles productivos del período precedente.

Las formas predominantes de participación en el mercado, a través de intermediarios y con intercambio desigual, están contribuyendo a acentuar la explotación del campesino con la consecuente influencia en las condiciones de vida. Las dos formas de explotación provenientes del mercado están estrechamente vinculadas entre sí y existen gracias a las condiciones de producción en que trabajan los campesinos del altiplano y valles, así como por su poca capacidad de presión en los centros de decisión política. Los intermediarios que se apropian de una parte del trabajo campesino, no bastan por sí solos para explicar todo el mecanismo a través del cual se traspasa parte de la riqueza campesina a otros sectores de la sociedad. En muchas ocasiones el intermediario ha sido sustituido por cooperativas y otros estilos de comercialización, pero se ha mantenido el intercambio desigual, favorecido por la posición débil del campesino en la estructura de poder. El nivel de precios refleja no sólo el mercado, sino y en gran medida, la acción del Estado.

Tanto en el altiplano como en los valles que concentran cerca del 86% de la población rural del país, la explotación campesina es de pequeña extensión, aproximadamente 55% de las

⁵ Ministerio de Asuntos Campesinos y Agropecuarios. Diagnóstico del Sector Agropecuario, 1974, Vol. I, pp. 229.

propiedades de estas zonas tienen menos de 5 hectáreas y más de 2/3 partes no llegan a 10. Sería prematuro, en base a estas cifras afirmar que la consecuencia más importante de la Reforma Agraria ha sido el minifundio, como señalan algunos críticos apresurados de este proceso, ya que en la definición del minifundio, además de la relación hombre-tierra, debe entrar en consideración el tipo de la tecnología utilizada y la cultura propia del campesino, pues como muestran algunos estudios, éste ha recibido en muchas regiones más tierra de la que puede trabajar con la mano de obra que dispone y la tecnología que usa, dentro de las pautas sociales prevalecientes de organización y de trabajo. No se podría concluir de este hecho la afirmación de que la entrega de tierras ha resuelto las necesidades campesinas, ni si quiera de aquellas fijadas por la tradición, que por doquier están siendo desbordadas por la omnipresencia de otros estilos de vida. Las explotaciones agrícolas han subsistido y retenido al campesino porque éste ha reducido sus necesidades al máximo, realizando además con frecuencia, actividades fuera de su explotación. Hay motivos serios para dudar que en las condiciones actuales, el campesino continúe viviendo dentro de ese régimen de estrechez.

Asimismo, quién puede negar que actualmente el crecimiento demográfico está deteriorando la relación hombre-tierra en las diferentes zonas? No obstante, la tendencia hacia una menor proporción de población residente en las áreas rurales, la tasa de fecundidad resulta allí aún mucho mayor que en la ciudad. La Encuesta Demográfica de 1975, estableció que la tasa de fecundidad en La Paz era 4.8 hijos por mujer, de 5.83 en el resto urbano y de 7.84 en el campo. Las mismas diferencias se observan al considerar la fecundidad según la lengua hablada. Las mujeres que hablaban sólo un idioma nativo, sin duda de origen rural, tenían una tasa de 7.54 hijos por mujer, en cambio entre aquellas que empleaban exclusivamente el castellano, presumiblemente urbanas, era de 5.67.⁶

La alta tasa de fecundidad señalada, unida a la pequeña extensión de la parcela campesina, contribuye a que la mayoría de la población rural carezca de empleos remunerativos. La fuerza laboral disponible excede el empleo efectivo de manera que una fuerte proporción del campesinado se encuentra en situación de desempleo disfrazado. Se calcula que únicamente el 15% de la mano de obra recibe en el altiplano central, el salario prevaleciente en la región. Para toda el área ese porcentaje era de 47%.⁷

⁶ C. Arret, Análisis de la Fecundidad en Bolivia, basado en datos de la Encuesta Demográfica Nacional, 1975. INE, 1975, pp. 23-32

⁷ BID, Prioridad de la Inversión en el Sector Agropecuario en Bolivia, Washington, DC, 1973, pp. 7.

Los resultados anteriores, basados en el rendimiento promedio y la escala de salarios, reflejan una productividad baja y un deficiente empleo de los recursos humanos, no siempre compensada por la búsqueda temporal de empleos no agrícolas, pues frecuentemente el campesino ocupa todo su tiempo en el cuidado de su pequeña explotación, que con una adecuada racionalización llevaría un tiempo mucho menor.⁸ La situación se agrava por el aumento de expectativas generadas, en gran parte, por la enorme difusión de la alfabetización y educación básica, que la Reforma Agraria hizo posible. El 1950 el 84.7% de la población campesina comprendía entre 6 y 14 años, no asistía a la escuela, en 1975 ese porcentaje llegaba a sólo 20.64%.

El conocimiento del castellano se ha generalizado, dando una posibilidad de comunicación ampliada. De acuerdo a la encuesta demográfica de 1975, apenas un 6.66% del total de la población era monolingüe aymara y 13.16% quechua, concentrados en las categorías de edad más altas y más bajas.⁹ También la penetración de algunos medios de comunicación masiva como la radio y la frecuencia de los viajes, ha facilitado el acercamiento a pautas y valores diferentes a los dominantes en la comunidad. Todo ello configura un cuadro en que el impulso hacia la migración adquiere mayor fuerza. La tierra, el desplazamiento hacia los antiguos pueblos de hacendados, la colonización interna, las pocas oportunidades de la ciudad, parecen haber contenido hasta hace poco al campesino en el área rural. Más el conjunto de factores señalados, indicaría que el momento en que el éxodo rural hacia la ciudad cobrara importancia, está llegando.

Sin menospreciar la gran importancia de los cambios ocurridos en el altiplano y los valles después de 1952, no hay duda que el sector rural se ha visto perjudicado por las políticas desarrolladas por el Estado, que ha favorecido a las ciudades o las áreas de agricultura capitalista. Todos los indicadores disponibles, algunos ya conocidos, relativos a ingreso, consumo, vivienda, acceso a la cultura, salud, manifiestan una fuerte desigualdad con respecto a los niveles urbanos, fuera de las desigualdades en la productividad, en el empleo de tecnologías modernas y en el acceso al crédito. En despecho de la importante concentración de

⁸ Una encuesta efectuada por el autor del trabajo, conjuntamente con el equipo de DESEC, reveló que en la zona de Punata el tiempo efectivo para atender el cultivo y la cosecha de 2 Has. era de 180 días. La mayoría de los entrevistados ocupaba todo el año en cultivar tierras cuyo promedio no llegaba a 2 has. Of. DESEC, Estudio Zonal Punata, Mimeografiado, La Paz, 1968, pp. V.

⁹ INE, Resultados anticipados por muestreo, pp. 69.

población rural en el altiplano y valles, la mayor parte del crédito se ha dirigido a las zonas tropicales, produciendo la incoherencia, múltiples veces señalada, de que el gobierno al mismo tiempo que invierte importantes sumas de dinero en la difusión de nuevas técnicas productivas en áreas tradicionales, no ofrece facilidades para que las innovaciones se conviertan en realidad. Asimismo, el grueso de las inversiones en infraestructura se han orientado hacia otras regiones.

Conviene considerar como integrantes del sector analizado a los campesinos migrantes que en un número no menor de 350.000 personas a través de programas dirigidos o espontáneos, se han desplazado hacia la región de los llanos, pues aunque allí prevalecen condiciones geográficas diferentes, una parte significativa de ellos mantiene explotaciones en las áreas tradicionales, además de guardar sus pautas culturales. Por estas razones, la presión sobre la tierra se mantiene en el lugar de origen y se transfiere hacia las regiones de colonización las prácticas de la economía campesina de subsistencia, lo que no implica desconocer los cambios actitudinales y de comportamiento acarreados por el proceso migratorio.

Resumiendo brevemente lo ocurrido en las últimas décadas, no destaca la creciente intervención del Estado, que fija el marco de intercambio comercial, suministra la infraestructura y la asistencia técnica, orienta el crédito, determinando en gran parte el nivel de participación social y cultural. Paralelamente a esta ampliación de la acción estatal al mundo campesino, se ha producido una fragmentación de la base social rural y una consiguiente diferenciación de la orientación hacia la sociedad global, fenómeno que implica el surgimiento de demandas sociales más localizadas y específicas, no otra cosa indica la creciente difusión de organizaciones de ayuda rural, alentadas por la política estatal, centradas en la satisfacción de necesidades funcionales o productivas de las comunidades y el paulatino retroceso de las organizaciones más políticas, encaminadas a incorporar intereses campesinos en los centros de decisión.

¿Pero esta situación no significa que, desaparecida la uniformidad impuesta por la dominación proveniente del hacendado, el campesino ha aumentado su capacidad de resolver sus problemas específicos? La sociedad boliviana parece ser más burocrática, más autoritaria, sus políticas más inspiradas por la racionalidad tecno-burocrática, ¿no es natural que frente a ella las demandas sean también diversas?

Afirmación inobjetable si se añade que la capacidad de influir en las decisiones de nivel societal no se encuentra igualmente repartida, la posibilidad de acceso al poder y a la información, en base a las cuales se toman las decisiones, resulta muy limitada para el campesino y tiende a reducirlo al papel de productor, o tal vez al de consumidor, presentando demandas sólo referidas a otras posiciones.

Los fenómenos señalados se manifiestan ciertamente en el mundo rural. Sería un error colegir de ellos que toda acción campesina se localiza, pierde su dinamismo. Hoy como en el pasado, se generan allí las fuerza que contribuirán a modelar el futuro de la sociedad boliviana. No solo en razón del peso numérico del campesinado, sino también por el sentido de sus reivindicaciones. El hecho que se impone a la observación, cuando se considera el movimiento campesino con posterioridad a la Reforma Agraria es, como se señaló, el cambio de su orientación como resultado de las modificaciones en la naturaleza de la dominación ejercida sobre el campesino. Ayer, más directa proveniente del patrón, hoy más sutil, el Estado y la ciudad, a través de las políticas económicas, sociales, educativas y de la acción del mercado. Aunque en las regiones de agricultura tradicional, la tecnología del trabajo no ha conocido innovaciones fundamentales, la mayor penetración de las fuerzas exógenas está rompiendo el aislamiento del mundo campesino, su relativa homogeneidad y cambiando los estilos de vida. Sin duda aún persisten el auto-consumo, la pobreza, el consumo reducido de bienes culturales. Más los cambios que la mayor presencia de la sociedad global implican, contribuye a dar un nuevo contenido a la acción campesina. La reivindicación se expresa principalmente contra el Estado en relación no sólo con las políticas del mercado, sino también por la mejora de las condiciones de vida, variando de acuerdo a las regiones. Sin embargo, por encima de los intereses particulares que estas reivindicaciones expresan, conllevan un sentido más general de oposición a las políticas predominantes y una revisión de lugar del campesino en el conjunto de la sociedad. Algunas de estas luchas ya se han manifestado por ejemplo en el valle de Cochabamba, en ocasión de las medidas de estabilización monetaria.¹⁰

En otras áreas rurales, también tradicionales donde la lentitud en los cambios de los modelos de organización del trabajo y de la vida presta apariencia a la cultura rural de una inmovilidad secular, la reivindicación tiende a apoyarse justamente en estas diferencias que aparecen como las más alejadas del aparato tecno-burocrático asentado en la ciudad. La

¹⁰ Cf. J.P. Lavaud, *L'Opposition a L'Etat Fiscal en Bolivia*, Mimeografiado, 1976.

identidad cultural se enfrenta a la dominación ejercida por la necesidad del progreso general, pero modelada por los intereses de grupos dominantes.¹¹

Estos conflictos no son privativos de Bolivia, en todo el mundo se extienden movimientos sociales que se nutren de la cultura o de la raza. Si bien no puede negarse la influencia que la universalización de tales antagonismos tiene en la mayor acentuación que están tomando en Bolivia en los últimos años, su manifestación no es reciente. El indigenismo siempre se encontró con diferente fuerza, como uno de los elementos de la vida política nacional, más como corriente ideológica que paradójicamente tenía mayor gravitación en las áreas urbanas que en las rurales. El hecho nuevo resulta la difusión que en la actualidad va adquiriendo en algunas regiones campesinas. La base de la acción procede de la unidad lingüística a la cual se pretende dar una coincidencia racial, con prescindencia que dicha identidad ha quedado rota, tanto por el mestizaje biológico, como por la dinámica social que ha alterado las lenguas habladas en distintas regiones del país a los largo del tiempo. De manera un tanto difusa, los detentores de poder son acusados de destruir la identidad cultural de un pueblo. Justa reacción contra políticas que sacrifican, a la rentabilidad económica, las necesidades reales de hombres y regiones.

El combate cultural opone a la transformación social dirigida la fuerza de una identidad cultural, pero el sustituir la base social del conflicto, por sus aspectos más supra-estructurales, resulta incapaz de revelar las causas reales de la lucha y puede terminar por reforzar los mecanismos de dominación y explotación campesina. Pues la diferencia de lo que ocurre en otras sociedades donde los conflictos de esta naturaleza oponen a comunidades que presentan las características de una sociedad global y cuya viabilidad es mayor, en Bolivia los grupos de identidad lingüística constituyen sólo un segmento de una sociedad global a cuyos mecanismos de dominación fueron pronto incorporados. El énfasis en el particularismo del sector campesino limita la efectividad de la acción. Sin descuidar la violencia y dolor que las luchas aludidas pueden ocasionar en una sociedad, su mayor defecto consiste no en su aspiración de justicia, sino en la identificación de ésta con un aumento ya pasado de la historia, algunos de cuyos valores sin duda merecen preservarse, más la negativa a reconocer la dinámica presente, quita fuerza real a la utopía propugnada.

Los dos tipos de reivindicación examinados, uno más económico y el otro más cultural,

¹¹ Sobre el tema, ver A. Touraine, *Pour la Sociologie*, Ed. du Seuil, París, 1974, in passim.

expresan formas distintas de una misma oposición el nuevo estado que en un momento dado puede coincidir. Asimismo, las formas de migración campo-ciudad indican, además de la ruptura del equilibrio hombre-tierra o la atracción de la ciudad, modalidades de la acción campesina portadora de proyectos sociales.¹²

El campesino de las áreas de colonización (especialmente Yapacaní), se encuentra en una situación en la cual los conflictos tienden a tomar la forma tradicional de oposición entre pobres y ricos o de lucha entre campesinos pequeños y grandes productores, por los recursos raros y necesarios a la producción, de allí su mayor sensibilidad a los temas de clases y a buscar una redefinición de la sociedad y del amparo político considerado como instrumento de dominación de clase. De allí también la mayor vinculación urbana de los movimientos campesinos generados en estas regiones.

La zona de agricultura moderna ligada al mercado se encuentra establecida principalmente en la región oriental: Santa Cruz y Beni. A diferencia de la mayor parte de la producción agrícola del país, los cultivos de este sector se caracterizan por un empleo intensivo de capital y de tecnologías modernas, los productos dominantes son: algodón, caña de azúcar, soya, ganadería, etc.

Esta floreciente agricultura es de reciente formación, se ha organizado en aquellas regiones, donde la Reforma Agraria tuvo limitada aplicación, debido a la abundancia de tierras y a la escasez de hombres. El Estado, desde 1952 ha impulsado, a través de la política crediticia y de las obras de infraestructura, su implantación apoyada además por la demanda del mercado internacional. Todo ello ha implicado un acceso privilegiado a los centros de decisión política por parte de los empresarios agrícolas que han experimentado una rápida capitalización, frente a la situación de pobreza dominante en el área tradicional y de colonización.

La subsistencia de los sectores agrícolas, uno de producción tradicional y otro moderno, uno capitalista y otro familiar, manifiesta su contradicción a nivel del Estado en la competencia generalizada por el control de los recursos productivos que se canalizan hacia uno u otro sector a través de políticas estatales.

La agricultura moderna no ha destruido el sistema tradicional, debido en parte, a que el empleo de mano de obra masivo es estacional. Normalmente el índice de absorción de mano de

¹² Cf. A. Touraine, *Ouvriers D'Origine Agricole*, Ed. du Seuil, París, 1964.

obra por hectárea es menor en la empresa capitalista que en la parcela campesina. En Santa Cruz la relación hombre-tierra es 0.43 personas por Ha. frente a 2.14 de La Paz. La región del Beni, que pertenece casi en su integridad al tipo de agricultura moderna, tiene una relación anormalmente elevada de 1.86, tal vez por la pequeñez del área cultivada y por la actividad predominante: la ganadería extensiva que exige mucha mano de obra.¹³

Tampoco se puede afirmar, salvo algunos casos en las zonas de colonización y en algunos valles del país, el avance de la agricultura moderna sobre la tradicional, pues existe una separación geográfica entre ambos.

La formación del sector capitalista moderno ha sido posible por la existencia de tierra barata, créditos amplios y generosos, tanto estatales como privados y al establecimiento de mejores vías de comunicación internas y externas. Pero la no modificación de las condiciones existentes en las áreas rurales tradicionales, constituirá a la larga un freno para el desarrollo de la agricultura de carácter capitalista, en la medida en que no permitirá la ampliación del mercado interno para los productos provenientes del sector rural moderno.

Los nuevos empresarios agrícolas, estrechamente vinculados por una red de intereses con otros sectores empresariales, conforma a nivel nacional, una nueva burguesía tradicional más segmentada en sus intereses y más localizada geográficamente. En los últimos años han podido participar y beneficiar de la elaboración de políticas nacionales, apoyados en la existencia de un proyecto histórico compartido con la tecno-burocracia, agente casi monopolístico de la toma de decisiones en el Estdo generado por la Revolución de 1952.

Las dimensiones cuantitativas del crecimiento urbano ya han sido señaladas en otra parte de este trabajo. Sin alcanzar las alarmantes características de otros países latinoamericanos, el proceso de urbanización en el país se llevó a cabo agudizando los desequilibrios entre el campo y la ciudad y éstas entre sí, vale decir concentrándose en determinadas ciudades.

Hasta mediados del siglo, las ciudades de La Paz, Oruro y Cochabamba experimentaron un rápido crecimiento, conformando un ámbito social, político y económico, en cuyo epicentro se encuentra La Paz y en el interior del cual se reunían todas las actividades de interés nacional. La política de diversificación económica instaurada por la Revolución de 1952, caracterizada por la importancia de inversiones de infraestructura, por el flujo de capitales nacionales y

¹³ Ministerio de Asuntos Campesinos y Agropecuarios, op.cit., pp. 186.

extranjeros hacia la agro-industria y por la migración de empresarios profesionales y campesinos a la región oriental, ha producido una rearticulación del espacio geográfico, social y político con dos puntos focales: La Paz y Santa Cruz, en 1975 sólo 2.5 veces. Esta última ciudad ha tenido la tasa anual de crecimiento más elevada del país, entre 1950 y 1976, de 7.25%.

A las marcadas diferencias entre campo y ciudad, entre agricultura moderna y tradicional, se añade las diferencias entre ciudades estableciendo una jerarquización de las mismas, desde un extremo formado por las ciudades donde se concentra la industria, la información, el poder, los valores nuevos, hasta el otro donde se encuentran las ciudades pobres con actividades tradicionales poco ligadas al desarrollo moderno. De allí surgen conflictos, nutridos por las tradiciones locales, expresión de una pobre participación en los valores dominantes en las ciudades centrales.

La urbanización, como ha sido señalada, para otros países de América Latina, ha estado vinculada principalmente a la expansión del sector servicios y en no menor grado a la sobrevivencia de actividades artesanales. La industria ha tenido un papel más bien limitado, afirmación que puede corroborarse en base a algunos datos estadísticos: el sector industrial emplea sólo el 9% de la mano de obra disponible, correspondiendo a La Paz, Cochabamba y Santa Cruz el 90.5% de la ocupación industrial.¹⁴ La primera ciudad señalada concentra cerca de los 2/3 de la manufactura nacional, constituida en un 80% por pequeñas industrias y talleres artesanales, que absorben la mayor parte de la mano de obra utilizada por el sector. La industria moderna de alto rendimiento participa en muy pequeña medida en el empleo industrial. Por la poca expansión de la industria, un porcentaje significativo de la población urbana se encuentra en situación de subempleo. El número de vendedores callejeros, domésticos, obreros ocasionales, forma una masa apreciable de personas que la ciudad no puede incorporar a un sistema racional de trabajo.

El desarrollo del sector terciario, particularmente ligado a la Administración Pública, es uno de los factores que explica la atracción de la ciudad. Se calcula que aproximadamente un 10% del total de población depende directa o indirectamente del empleo proporcionado por el Estado.

Parte del desarrollo urbano se ha realizado a expensas de las ciudades más pequeñas y

¹⁴ Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral. Estadística Laboral, 1970-1975, La Paz, 1976.

de los pueblos, fenómeno esencialmente republicano, que a su vez ha contribuido a marcar las distancias entre el campo y la ciudad, a causa de la ruralización de los pueblos cuya población más dinámica e instruida ha ido a engrosar el contingente empleado en los servicios, especialmente la burocracia estatal. Esta tendencia parece haber culminado en el período posterior a la Reforma Agraria, debido a la migración de los últimos notables de pueblo, privados de la propiedad de la tierra.

Alrededor de 1900 La Paz era casi 12 veces mayor que la aglomeración provincial más poblada del departamento y Cochabamba cerca de cuatro veces. En 1950 esas diferencias llegaban a 48.5 y 9 veces, respectivamente. En la actualidad, La Paz está en una relación de 66.5 a 1 y Cochabamba de 10 a 5.1 con el pueblo que le sigue en población. No se trata solo de diferencias cuantitativas, sino cualitativas concernientes a la calidad de vida. El pueblo permanece como una encrucijada entre lo rural y lo urbano y sirve de base para las operaciones comerciales, pero las características que aproximaban la vida pueblerina a las de las capitales administrativas, por lo general han desaparecido. Los pueblos dan ahora una penosa impresión de abandono con sus viejas casonas señoriales en ruinas, calles descuidadas, servicios públicos precarios y limitados en su extensión.

Si bien no existen datos definitivos, se podría en base a la información disponible, avanzar la hipótesis de que la migración se ha producido de los pueblos y ciudades más pequeñas hacia los centros administrativos y políticos, patrón de crecimiento que se viene reproduciendo desde el principio del siglo. La estructura familiar y las tradiciones culturales en las que reposa la economía rural del altiplano y los valles, le ha permitido largo tiempo, retener la mano de obra, empero parece, como se explicó, haber entrado en un período de crisis que la llevará a expulsar rápidamente hacia las ciudades el excedente de población, definido más en términos sociales que económicos, sin que el mercado ocupacional citadino pueda incorporarlo, dado el poco dinamismo de la industria y la tendencia a concentrar las inversiones en actividades de alto rendimiento y poco empleo.

Después de la Reforma Agraria, algunos de los campesinos más dinámicos, además de desplazarse hacia las zonas de colonización, se han instalado en los antiguos pueblos de terratenientes o fundado nuevos, desarrollando en ellos paralelamente a su actividad agrícola, el comercio y el transporte. Pero este fenómeno, no cuantitativo aún, da la impresión de no ofrecer una gran capacidad de absorción de los desplazados rurales como para competir con la

atracción ejercida por la ciudad.

Se puede tener una idea general, aunque grosera de la migración interna, empleando como indicador el porcentaje de habitantes de los departamentos con mayor población nacido en otros departamentos. La Paz tenía en 1975 7.6%, Cochabamba 10.5% y Santa Cruz 18.84%. Desgraciadamente no se pudo, a partir de la información existente, establecer la proporción que corresponde a esa migración a las ciudades capitales, presumiblemente de consideración, tampoco el flujo migratorio.

Las ciudades constituyen el centro del poder político, de la orientación económica y de la distribución del prestigio social, particularmente aquellas que conforman el espacio político, donde se toman las decisiones concernientes al desarrollo. El proceso de crecimiento experimentado en el último lustro por la sociedad boliviana -dirigido primero por una élite de clase media y más tarde compartido el privilegio, en alguna medida, con la nueva burguesía- ha producido una concentración de riqueza en las ciudades de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, acarreado paralelamente una debilidad en las inversiones hechas en las otras áreas, motivo de frecuentes disputas regionales. Asimismo, la riqueza se ha concentrado en los sectores altos y de clase media. Ya Bolivia tenía en 1970 una de las distribuciones más asimétricas de América Latina. La diferencia entre el ingreso per cápita del 5% más rico y del 20% más pobre, era de 50 a 1, relación que en el resto del continente era de 31 a 1. Los observadores concuerdan que de esa fecha hasta el momento, la situación ha empeorado aún más. La disparidad en la riqueza produce un consumo ostensivo, visible entre otras cosas en el incremento de precio de los terrenos, casas y alquileres en las principales ciudades, que siguen un ritmo claramente más acelerado que el de las remuneraciones, situación que influye en la orientación de la inversión poco dirigida hacia las industrias de consumo popular, ahí reside otra razón de la supervivencia del artesanado y el subempleo.

Cerca del 44% de la población activa de las ciudades de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, tiene ocupaciones con ingresos fluctuantes.¹⁵ Precariedad en el trabajo, baja remuneración, falta de información, da a un sector considerable de la población urbana el mismo carácter de marginal ya señalado para el campesino, cuya capacidad de acción tampoco es muy alta pues no solo carecen de organización instrumental, sino que por su falta de

¹⁵ Ministerio de Planeamiento y Coordinación, INE, Encuesta de Empleo, 1977.

información se mueven en el campo definido por los sectores dominantes. Su acción hasta ahora ha estado más centrada en una búsqueda de participación heterónoma a través de los canales ofrecidos por los actores o agencias.

Los otros sectores populares urbanos, fabriles y artesanales, guardando sus formas tradicionales de organización, se han encontrado limitados en la posibilidad de incorporar intereses a nivel societal; sensibilizándose a los temas del progreso urbano y regional comunes a la reivindicación de los sectores medios ciudadanos, pero las acciones específicas, en las cuales el valor simbólico de oposición a todas formas de dominación externa o interna, se une indiscutiblemente a la reivindicación instrumental, no han desaparecido. Uno u otro aspecto puede predominar según el contenido de las políticas estatales.

El movimiento obrero, organizado o espontáneo, tiende en sus diferentes luchas, aún en aquellas producidas en torno a la oposición capital-trabajo, a oponerse al Estado y a sus reglas de juego buscando revelar los intereses que recubren tanto nacionales como extranjeros.

En las ciudades se manifiestan nuevos estilos de acción, emparentados con algunas formas de populismo, en las cuales la demanda del progreso urbano y regional constituye el elemento predominante. El carácter local de estas demandas acentuado por la pérdida de vigencia de los mecanismos nacionales de agregación de intereses, como son los partidos y sindicatos, crea nuevas líneas de tensión. Las presiones que allí se generan provocan serias distorsiones a los programas nacionales elaborados por el aparato tecno-burocrático. Aunque el regionalismo no es tampoco fenómeno nuevo en Bolivia, sus manifestaciones actuales están dando contenido específico a sentimientos antes difusos, uniendo en una sola acción elementos instrumentales y expresivos.

En las regiones de creciente desarrollo, donde se da con mayor fuerza esta tendencia, el modelo de referencia, más que el sistema industrial, es el patrón de vida urbano moderno. Modelo esencialmente vehiculado por los sectores medios y altos, pero igualmente compartido por otras categorías sociales, entre ellas el bajo pueblo, que en lugar de sus reivindicaciones tradicionales, expresa demandas inspiradas por la imagen del bienestar urbano, bien que éste en su realización favorezca principalmente a los sectores altos y medios, esperando aun más los estilos de vida entre los privilegiados y los desposeídos, diferencias que en dichas regiones la lentitud del cambio se habían mantenido atenuadas durante siglos.

Fuera de las causas señaladas, estos nuevos movimientos urbanos y regionales resultan

posibles por la difusión de valores urbanos en sistemas de estratificación social apenas penetrados por las tensiones de la industrialización, en los cuales los sectores dirigentes no han perdido la capacidad de emitir patrones de conducta aceptados por el pueblo. En ellos el llamado al origen y tradiciones comunes es de tal importancia, hasta el extremo de desconocer una biografía social más amplia de la cual las características regionales no son sino manifestaciones particulares.

La capacidad de presión, a través de los mecanismos señalados, no ha sido la misma para todas las regiones, de allí que se generan conflictos marcado entre departamentos, así como desigualdades en su ritmo de desarrollo. Fenómeno no nuevo, pero que la expansión de las redes de comunicación se torna más visible.

Por otra parte, los sectores medios no constituyen un conjunto homogéneo y más de uno calificaría de pura arbitrariedad hablar de ellos en singular, quienes así argumentan tienen razón. La diversificación y jerarquización de los diversos componentes funcionales de los sectores medios frente al poder y al privilegio, resulta a todas luces patente, empero, aún los más alejados de los centros de decisión, gracias a sus organizaciones aparentemente más neutras frente al poder, han tenido suficiente capacidad de sobrevivencia y presión para sacar ventajas, más allá del campo económico, en el cual a veces han sufrido algún menoscabo, como son mejores servicios públicos, salud, en general condiciones de vida superiores a las de otros sectores. No resulta inútil señalar el empleo que los sectores medios hacen de los sistemas de comunicación social para formar corrientes favorables a sus intereses.

Son estos sectores medios junto con las clases altas los que monopolizan las ventajas del desarrollo urbano. Sólo un 14.4% del total de las viviendas del país tiene agua en la casa, 33% posee electricidad y 12,37% dispone del servicio de alcantarillado público, casi siempre situados en las ciudades principales y dentro de éstas en las áreas centrales y residenciales con ingresos más elevados. Sin embargo, los diversos sectores ciudadanos tienen, por lo general, condiciones de vida superiores a las que existen en el campo. Situación mantenida por el permanente drenaje de la riqueza rural que contribuye a crear un estabilidad política y económica favorable al desarrollo urbano.

Brevemente, las desigualdades campo-ciudad entre ciudades y entre los integrantes de un mismo espacio urbano derivan en su ritmo y en sus formas de las políticas desarrolladas por el Estado. Esta situación, sin eliminar las reivindicaciones basadas en la clase, propende a

alentar aquellas con base cultural, geográfica o étnica que constituyen por su especificidad el punto de partida de oposición a un poder que por medio de sus mecanismos intenta penetrar en todos los ámbitos de la vida social. Quizá se podría señalar que el tipo de reivindicaciones examinadas corresponde a países altamente desarrollados, en los cuales los mecanismos de poder se apoyan en un aparato tecno-burocrático en correspondencia con el desarrollo de las fuerzas productivas y el sistema valorativo. Sin embargo, si Bolivia se aleja de los países de gran desarrollo por su base socio-económica, la rápida difusión de modelos de organización política y de gestión señalados, aparenta al país en este aspecto, con aquellos y en consecuencia con las tensiones que los nuevos estilos de dominación crean allí donde se manifiestan.

El análisis presentado peca sin duda de superficialidad, dado el vasto campo social al que se aplica, pero el objetivo no ha sido otro que el de señalar la importancia de un actor frecuentemente olvidado: el Estado, a través de cuya acción se conforman los otros actores y las relaciones que dan razón a la estructura social y, de manera más específica, de la configuración rural-urbana.